



EN LA CRISIS

## EL FRANCO FLOTANTE

**E**l franco flota. Esto es, durante seis meses el gobierno francés permitirá que la moneda nacional suba o baje de valor con respecto a las otras monedas, con respecto al oro, sin hacer intervenir al Banco de Francia para mantener la paridad. La primera hipótesis, la de que suba, hay que descartarla por el momento. La flotación equivale a una devaluación disimulada. La devaluación es una nueva paridad garantizada; la flotación, un sometimiento a la ley de la oferta y la demanda. Que es ahora desfavorable al franco. El viernes 18 (el Consejo de Ministros francés decidió la flotación el sábado 19), el oro alcanzó en París la cifra más alta de su historia: 132,27 dólares (su precio oficial en Estados Unidos es de 42,22 dólares) por onza.

La medida es una consecuencia de la crisis general. Y la multiplica. Esto es, compromete todos los acuerdos europeos y de manera especial contradice los acuerdos tomados en Roma por la Asamblea del Fondo Monetario Internacional de no modificar el sistema monetario. Giscard d'Estaing, ministro francés de Finanzas, hizo un viaje relámpago a Bonn para comunicar la decisión francesa al ministro de Finanzas de Alemania Federal, Schmidt, en tanto que este es presidente de la Comisión de Finanzas de la Comunidad Europea (por turno rotatorio). Schmidt hizo lo posible por convencer a Giscard, incluso ofreciéndole un préstamo de tres mil millones de dólares para

que mantuviera su moneda, pero no fue atendido.

La medida francesa tiene mucho de «sálvese quien pueda». El Estado francés ahorra sus reservas de oro y de divisas fuertes, no las emplea en sostener el franco, pero al mismo tiempo perturba enormemente el desarrollo del comercio internacional con los países de la Comunidad, basado en un raro equilibrio, y ahuyenta por ahora la tan buscada posibilidad de crear una unidad monetaria europea. El Mercado Común agrícola sufrirá inmediatamente de esa situación: los nueve países mantenían una «unidad de cuenta», basada en una delicada serie de subvenciones y desgravaciones para mantener la identidad de precios. Los nueve países estaban comprometidos a que la oscilación de sus monedas se moviese en una banda limitada por el 2,25 por 100 en más o en menos. Al dejar en libertad su moneda, todo ese equilibrio conquistado en muchos años de estudios y negociaciones se viene abajo.

Desde el punto de vista interior, Francia puede ver aumentar sus exportaciones —al ser sus precios más competitivos—, pero aumentarán de precio los artículos importados. Puede ocurrir que en las medidas complementarias que ha de producir en estos días figure una restricción a las importaciones o un aumento de los derechos aduaneros para desaconsejarlas, pero no es fácil por la complejidad de sus acuerdos comerciales internacionales. El alza de precios de es-

tos productos de importación es ya una medida restrictiva, que no dejarán de sentir todas las naciones, y es al mismo tiempo una contribución a la elevación general de precios, que, por otra parte, el gobierno quiere sujetar.

Desde el punto de vista español, dos temas resaltan a primera vista: los francos enviados por nuestros obreros emigrantes tendrán menos valor, pero el turismo francés dejará más dinero. Sin embargo, este último aspecto, el del turismo, puede ser negativo. La devaluación real de su moneda hará que para el francés los precios españoles sean este año más caros que el anterior, incluso bastante más caros, porque la debilidad nueva de su moneda se añade al argumento propio de los precios españoles. Si se une a los nuevos precios de la gasolina y a la dificultad de ahorrar (por la carestía de vida) para las vacaciones, puede ocurrir que haya un descenso muy importante del turismo francés hacia España. Esto nos libraría en principio del «turismo barato», al que tanto se ataca en estos últimos tiempos en España, y quizá veamos que no es tan conveniente como parecen creer los aristocráticos del turismo. Puede ocurrir, sin embargo, que pasar un mes en España siga siendo más barato para un francés que permanecer en su propio país. Todo esto es aún un poco prematuro. No se sabe cuál será la relación de precios y de monedas en la época de las grandes vacaciones: la flotación está pre-

vista hasta el 21 de julio, y nadie es capaz de saber cómo va a salir de ella el franco francés. Ni cuál va a ser la situación de la peseta española.

Por el momento sabemos que nuestras exportaciones a Francia nos deberán ser pagadas a mayor precio, y que los productos que se adquieren en Francia resultarán más baratos.

Por el momento, es imposible saber todas las consecuencias que puede tener la nueva flotación del franco. Ha sido una auténtica sorpresa, tanto por lo que tiene de contradicción con los compromisos internacionales de Francia como con su propia tradición: Francia ha sido siempre partidaria de la paridad fija (es decir, que el franco valiese siempre lo mismo con respecto al dólar, al marco, al oro, etcétera); de manera que esta resolución puede considerarse como revolucionaria, en el sentido de que altera una tradición y de que arroja una incertidumbre. Esta incertidumbre ha provocado las reuniones inmediatas de los medios económicos y financieros internacionales, que pueden tomar otra clase de medidas. No se sabe tampoco hasta qué punto va a descender el franco...

La palabra incertidumbre, en fin, caracteriza la situación. Es un vocablo típico de la crisis. Esa crisis mundial, y muy especialmente europea, no ha hecho más que comenzar. Las medidas francesas son un episodio importante, pero nada más que un episodio dentro de un movimiento general mucho más importante. ■ J. A.